



**¡Madre  
tenemos  
ya  
bandera!**

Por  
ALFONSO  
FERNANDEZ  
PASCUAL









ALFONSO FERNÁNDEZ PASCUAL

---

# ¡¡MADRE, YA TENEMOS BANDERA!!

(ESTAMPA PATRIÓTICA)



---

Editorial HERALDO DE ARAGÓN, Coso, 100, Zaragoza





## ¡¡ Madre, ya tenemos bandera!!

¿Cuánto tiempo llevaban allí abrazados, madre e hijo? ¿Horas? ¿Quizás días? En la habitación no había luz, pero los ojos de la madre no la precisaban; desmesuradamente abiertos, se posaban incansables en el rostro de fiebre y en las manos lívidas de su hijito.

En la semipenumbra no había otro diálogo que el de las miradas. El amor materno, en un duelo terrible, estaba tratando de vencer al dolor y a la muerte. En la estancia todo era quietud y silencio. Fuera, en la calle, a unos metros, la guerra. Pero para Ernesto, que a la sazón sólo tenía doce años, la guerra no era más que la ausencia del padre. ¡Cuánto habían llorado los dos, madre e hijo estrechamente abrazados, caídos en aquella butaca de terciopelo raído en donde estaban sin acostarse desde aquel amanecer en el que vinieron a llamar a la puerta unos milicianos que se llevaron al padre entre empujones y amenazas! Habían registrado la casa, y Ernesto recordaba que uno de los milicianos que llevaba blusa de pintor, dirigiéndose a su

padre le había preguntado: ¿Dónde está el retrato del ex Rey, señor “fascista”? El padre, silencioso, sumiso, fué a la cómoda y de unos de sus cajones, envuelto en unos periódicos sacó una cartulina con el retrato del que fué Rey de España. Los milicianos cogieron el retrato y entre grandes risotadas le prendieron fuego allí mismo, junto a los periódicos que habían servido para ocultarlo, y no contentos, todavía se atrevieron a pisotear las pavesas, que no tardaron en esparcirse a lo largo del corredor. Y ahora—había dicho uno de aquellos hombres de aspecto siniestro—, lo que hemos hecho con este retrato lo vamos a hacer contigo, señor... “fascista”. El padre de Ernesto por toda respuesta bajó la cabeza. ¿Para ocultar dos lágrimas que se asomaron a sus ojos? La madre de Ernesto se abalanzó en los brazos de su esposo entre alaridos de rabia y de dolor. ¡No, no se lo llevarían, no le matarían, no era fascista, no había sido nunca! Fué siempre muy bueno, había sido, eso sí, caritativo y cristiano, pero nada más, nada más...

A la fuerza la arrancaron de los brazos del marido y en un empujón bestial la habían arrojado al suelo donde quedó desvanecida. Los hombres salieron; Ernesto entonces corrió junto a su madre y besándola en la cara la llamó: “madre, madre, tengo miedo”... Por las rendijas del balcón penetró una luz tenue. Era el amanecer del nuevo día...

Al despertar, la madre miró en torno suyo: vió a su hijo descalzo, medio desnudo, con el semblante des-



compuesto por el espanto y el miedo y como si súbitamente recordara cuanto había sucedido momentos antes, se levantó veloz y corrió al balcón; abrió sus maderas de par en par. La calle estaba desierta; en el cielo, algunas estrellas que querían desaparecer y ocultarse con la noche... La madre de Ernesto quiso gritar y sólo se apercibió un leve quejido. Nuevamente le faltaron las fuerzas y abrazándose al cuerpo tierno de su niño amado, sólo supo decir: "hijo mío, han delatado a papá aquellos pintores que hace pocos días pintaron tu cuarto".



Ernesto había nacido en Madrid el día 2 de diciembre de 1925. Hacía dos años que se había implantado en España la dictadura militar del general Primo de Rivera, y en aquellos tiempos transcurrían los días con una tranquilidad y una paz de las que España estaba muy necesitada, pues los atentados, las huelgas y los robos a mano armada, tenían al país atemorizado hacía tiempo, y su economía estaba cada vez más arruinada. Había trabajo y respeto a las leyes. ¿Podía pedirse más, cuando todo aquel bienestar, podemos decir que se debía exclusivamente al esfuerzo de media docena de buenos patriotas?

El padre de Ernesto era empleado del departamento de la Deuda Pública y las oficinas estaban instaladas en la calle de la Bolsa y próximo a dicha calle, en la de Atocha, vivían hacía muchos años.

Desde que Ernesto era muy pequeñito todos los domingos por la mañana le llevaba su padre a ver el relevo de la guardia en el Palacio Real. ¡Cuánto le gustaba a Ernestín ver los soldados en el amplio patio del Palacio Real, desfilar marcialmente con sus guantes blancos y el pompón de gala en el ros! Después del relevo, aun permanecían algún rato allí, padre e hijo, confundidos entre los soldados, rota ya la formación. Más de una vez, Ernestín se había subido jugando sobre uno de los cañones instalados frente al campo del moro y el artillero de guardia le había reñido cariñosamente: “Baja, pequeño, puedes caerte”. Recordaba Ernesto que un día en el relevo de la guardia había salido S. M. el Rey a uno de los balcones del Palacio, al oír los himnos de la Marcha Real. Allí estaba el Rey, frente a ellos, con su uniforme de general de artillería, según le explicó después su padre, y en posición de firmes, cuadrado militarmente; el público le aplaudió mucho y el padre de Ernesto más que nadie.

¿Qué había sucedido después, pocos años más tarde? El padre de Ernesto no se lo explicaba. Se ponía furioso cada vez que se hablaba de aquéllo. Había venido la República después de unas elecciones municipales. La familia real había tenido que huir al extranjero... Los ex presidiarios, llenaban los escaños del nuevo Parlamento... Los rufianes y los desaprensivos formaban gobierno... ¡Qué horror! ¡Pobre España! El padre de Ernesto continuaba siendo monárquico y



no se recataba en decirlo en todas partes, lo cual le había originado ya algunos serios disgustos. Un día le llamó a su despacho el jefe del departamento y le dijo ni más ni menos estas palabras: "Si continúa usted llamándose monárquico, no tendré más remedio que dejarle cesante o trasladarle fuera de Madrid." Nuestro hombre fué a replicar en tonos violentos, pero de repente se acordó de que aquella misma mañana había estado hablando con su mujer de la necesidad de llevar a matricular para el ingreso en el Instituto a su hijo Ernesto. Pudo contenerse y disculpándose lo mejor que supo, salió del despacho de su jefe dispuesto a refrenar en lo sucesivo su lenguaje; pero que no le tirasen de la lengua, porque entonces...

Y así transcurrieron tres años más. ¡Aquel octubre de 1934! ¿Barcelona separatista? ¡Qué escándalo!

¿Asturias comunista? ¡Qué vergüenza! ¡Bah, afortunadamente, todo concluyó pronto! Se apagó la mecha, y aquí no ha pasado nada. Mas resultaba que ahora era más monárquico que nunca. Si antes lo fué, ¿no iba a serlo ahora, viendo lo mal que gobernaban a España los republicanos? Sobre todo, había sido un absurdo incalificable el haber cambiado la gloriosa bandera bicolor por aquella otra de rojo, amarillo y morado. Indudablemente que sobraba el último color. ¡Ni Salmerón, Sagasta, Cánovas del Castillo y Pi y Margall, se habían atrevido a tanto! Muchas veces el padre de Ernesto le decía a su mujer: "Romanones y yo somos los españoles más consecuentes por nuestra

fidelidad a la monarquía". La mujer callaba. A lo sumo se sonreía. ¡Ella sólo pensaba en su Ernesto, que cada día estaba más alto y todos los vestidos de niño se le iban quedando pequeños!

Una mañana, Ernesto, desde el portal de la casa, y subiendo las escaleras a saltos, venía gritando: "¡Mamá! ¡Mamá!" Esta le abrió la puerta sobresaltada, le miró a los ojos para interrogarle: "¿Qué?" "Aprobado"—grito el chiquillo—. Besos envueltos en lágrimas. ¡Qué alegría iban a darle a papá! Le achacharon desde el balcón y al verle venir salieron a su encuentro madre e hijo. Un abrazo les fundió a los tres. Aquel instante compensaba todos los sacrificios económicos. ¡Porque cuidado que resultaban caros los libros y las matrículas! Durante la comida, Ernesto explicó a sus padres los pormenores de los exámenes. Habían suspendido a muchos, pero él no quería por eso vanagloriarse; el tema que le había correspondido fué de los más sencillos. Al terminar de hablar Ernesto, su padre se levantó, y poniéndose tras él le presentó a la altura de los ojos un billete de cien pesetas. "¡Un billete!"—exclamó el chico—. "Sí, cien pesetas. Son para tí, para que te compres el juguete que más te guste". "Son mucho cien pesetas—atájó rápidamente la madre—; no podemos gastar tanto en ningún juguete"...

En este momento llamaron a la puerta. El padre de Ernesto, que estaba de pie, fué a abrir... Un muchacho, de una edad aproximada a la de Ernesto, le



extendía medroso una hoja de papel. “¿Quién te dió ésto?—preguntó al pequeñuelo—. “Mi padre, señor—contestó éste—. Es pintor y busca trabajo. No queremos pedir limosna, y un amigo de mi padre, que tiene imprenta, nos ha hecho gratis estas hojas para repartirlas por las casas... Mi madre está enferma”. Ernesto y su madre habían salido ahora a la puerta y entre los tres contemplaban al muchacho aturdiéndole. Llevaba un delantal muy remendado y sucio. Su cara estaba demacrada y todo él temblaba de susto. “¿Qué es?”—preguntó a su esposo la madre de Ernesto, cuando acabó de leer el impreso—. “Nada, una oferta para pintar la casa por cien pesetas”. “No es caro—dijo el padre de Ernesto—, pero son... cien pesetas”. Ernesto, que llevaba en la mano el billete que le acababa de dar su padre, se lo devolvió a éste diciéndole: “Toma, papá, quiero que mandes pintar las habitaciones”. “Está bien, hijo mío—exclamó el padre dándose inmediatamente cuenta del rasgo ejemplarísimo de su hijo”. Y dirigiéndose al muchacho harapiento le ordenó risueño: “Dile a tu padre que venga a hablar conmigo”. El chico echó a correr escaleras abajo...

Al día siguiente ya estaban pintando las habitaciones. Fueron dos pintores. Uno ya viejo, de unos cincuenta años, que era el padre del muchacho que había estado el día anterior y que tanto les había conmovido, y otro pintor en concepto de ayudante, mucho más joven, pues sólo contaría unos veinte años. En dos

jornadas terminarían la tarea. Ya habían terminado el corredor y la habitación de Ernesto. ¡Qué bonito quedaba todo recién pintado! A las doce en punto dejaron la faena para poder regresar a las dos. Momentos antes de marchar habían entrado en el despacho para calcular las dimensiones de aquella habitación que sería la primera en pintar por la tarde. El pintor más viejo llamó desde la puerta: "Señora, que nos vamos..." Acudió la mujer secándose las manos. "¿Ya se van?" "Sí, para volver en seguida", dijo el viejo. El otro, que sin salir del despacho estaba mirando con aire retador y chulesco un retrato que estaba colgado en una de las paredes, al observar que a su vez era observado, exclamó de mal temple: "¿Qué retrato es éste?" "Del Rey", contestó la mujer... "Del ex Rey—replicó el pintor recalcando el ex—querrá usted decir, señora". Esta, por toda respuesta, le volvió la espalda y desapareció por el corredor. "Vamos, tú—dijo el hombre viejo cogiendo a su compañero del brazo—. Ten en cuenta que si nos han dado este trabajo es por lástima. Estoy seguro". Cuando bajaban las escaleras la mujer volvió a la puerta y aplicó el oído por escuchar lo que hablaban y aun oyó renegar a uno de ellos que decía: "No los defienda usted, señor Félix, ¿no está usted viendo que son unos burgueses? Mientras no se extermine a todos los monárquicos..." La pobre mujer se apresuró entonces a descolgar de la pared el cuadro de D. Alfonso XIII y sigilosamente lo guardó en la cómoda. Cuando Er-



nesto y su padre vinieron a comer, la mujer estaba inquieta y preocupada, pero se libró muy mucho de referir el incidente que había tenido con los pintores. Unicamente se atrevió a decir: "Casi estoy pesarosa de haber mandado pintar la casa. Todo está ahora revuelto, y además manchan tanto"... Pero Ernesto, desde su habitación, gritaba: "¡Qué bonita queda mi habitación! ¡Poco bien que voy a dormir esta noche con mi cuarto recién pintado!" Y la madre no volvió a decir nada más.

A los dos días toda la casa estaba pintada de azul claro. ¡Parecía una novia! Los pintores, después de haber cobrado, se habían despedido con un estentóreo "salud", y entre risas habían bajado las escaleras cantando la Internacional...

El padre de Ernesto, al repasar las habitaciones y entrar en su despacho echó en falta el retrato de Don Alfonso XIII, y llamando a su mujer le dijo: "Falta el retrato de S. M. el Rey..." "Ya lo sé—dijo ella con viveza—lo he guardado en la cómoda entre periódicos tuyos. He oído esta mañana que van registrando las casas"... "No seas tonta—exclamó el marido—; es cierto que registran, pero son las casas de los fascistas porque sospechan que ocultan armas. El Gobierno teme algo gordo, pero no sé qué es lo que habrá de cierto en todo ello"... Pero a pesar de la seguridad de estas palabras tranquilizadoras, la mujer insistió en no volver a poner el retrato. El hombre acabó por enco-

gerse de hombros, y dando media vuelta se marchó a la oficina.

Y como la mujer quería, el retrato de Don Alfonso XIII no volvió a salir de su escondite. Hasta que en aquel terrible despertar del mes de agosto...

El día 19 de julio, el Ejército español, seguido del pueblo sano que pudo ponerse a su lado, se alzó en armas contra la tiranía del gobierno del Frente Popular. La muerte del gran tribuno y excelso patriota don José Calvo Sotelo, que tuvo lugar en la madrugada del 13 al 14 de este mismo mes de julio, fué obra de la mano siniestra de Casares Quiroga. Aquel aleroso crimen explanado y proyectado desde el Ministerio de la Gobernación y ejecutado por los propios representantes de la Autoridad, fué el acto que culminó y sobrepasó todos los errores y todos los fracasos que en cinco años tuvieron los gobernantes de la República.

Los días después al 19 de julio fueron en Madrid de confusión y espanto. En el cuartel de la Montaña, unos bravos soldados con jefes, cumplidores fieles a un juramento, y algunos paisanos, se defendían a la desesperada contra el populacho, al que se habían entregado armas en gran profusión. Por todas las calles había tiroteos prolongados, y ninguna persona medianamente sensata se decidía a salir de su casa: El cuartel de la Montaña fué, al fin, ocupado por los rojos merced a la traición de uno de sus falsos defensores. Pero a pesar de esto y de que las radios marxistas hablaban continuamente de victorias definitivas, tratan-



do de quitar importancia a la rebelión, a la que calificaban de cuartelada, lo cierto era que pasaban los días y las semanas, y la situación cada vez se empeoraba más y más, a juzgar por la escasez de alimentos, que veíase exteriorizada por las colas inacabables frente a los establecimientos o puestos de aprovisionamiento; a juzgar también por la ininterrumpida llegada de heridos traídos de todos los frentes, pues era frecuente observar la presencia de las ambulancias cruzar raudas por las calles de Madrid.

Al padre de Ernesto, ya el mismo día 20 de julio le indicaron que no fuese por el Departamento, prometiéndole avisarle a domicilio caso de ser necesaria su presencia en la oficina. Se recluyó en casa malhumorado. La lectura de los periódicos madrileños acabó por exasperarle. ¡Falso, todo aquello era falso! La rebelión no estaba dominada, lo probaba el desconcierto reinante en Madrid, los constantes cambios de Gobierno... Pero, por otra parte, tampoco era posible conocer el verdadero alcance de las cosas. ¿Qué sucedía en el resto de España? El era optimista. Los gubernamentales hablaban de una rebelión militar iniciada en Marruecos. Los "facciosos", como ellos les llamaban, contaban con los generales de más prestigio. Cuando el padre de Ernesto supo que los generales que dirigían la rebelión eran Franco y Mola, ¡ah, entonces no dudo más; ya no cabía duda de cuál sería el resultado!: ¡El triunfo de España contra la anti-España! La República había sido una experiencia

muy amarga. Se forjaría el nuevo Imperio español con dominios espirituales, que es, en definitiva, lo que vale... Y se podría gritar en todas partes y a todo pulmón ¡viva España!... Y restituiríase la gloriosa Bandera rojo y gualda... “¡Ernesto! ¡Ernesto!” —gritó llamando a su hijo—. Y cuando le tuvo frente a él, poniéndole una mano en el hombro, le preguntó: “¿Te acuerdas, Ernesto, de aquella bandera que veíamos todos los días en el relevo de la guardia del Palacio Real?” “Sí—exclamó el chico—, la bandera española, no la republicana”... “Exacto, hijo mío. Pues bien; aquella bandera volverá a ondear en los edificios oficiales, y hasta, si me apuras un poco, en todas las casas de España, pues yo mismo pienso ponerla en el balcón del despacho el día que entren en Madrid las tropas liberadoras”... ¡Qué lástima sentía de no poder ayudar a los suyos! ¡Tener que permanecer allí encerrado entre aquellas cuatro paredes que ahora se le hacían odiosas, mientras otros defendían como valientes en los campos de batalla, con el honor y la vida, los santos ideales de la Patria! Pocos días pudo acariciar la idea del triunfo y de la reconstrucción de España. En la madrugada del día 7 de agosto, delatado como “fascista” por uno de los pintores que viera en su casa el retrato del que fué Rey de España, los milicianos rojos le detenían arrebatándole airadamente de entre los brazos de su santa mujer y de su querido Ernesto, para ser fusilado unas horas más tarde, en los jardines de la Moncloa...



Cuando la madre de Ernesto tuvo fuerzas para reflexionar, comprendió todo el alcance de su desgracia irremediable. Ernesto quedaba huérfano de padre, sin otro amparo que el que pudiera prestarle ella misma, que a su vez necesitaba consuelo y protección. Sacó arrestos inesperados y besando amorosamente a su hijo trató de calmar su llanto con estas palabras: "No llores, Ernesto; tenemos que tener valor. Dios no querrá desampararnos del todo"...

Unidos constantemente madre e hijo, hasta cuando era preciso salir a comprar algo para poder subsistir... Juntos siempre, en las horas del día y de la noche, llorando juntos su soledad, como si madre e hijo formaran un solo cuerpo y una sola existencia. Así transcurrieron muchos días. Ya era en Madrid público el rumor de las derrotas que iban sufriendo los gubernamentales en todos los frentes; se conocía también, aunque el Gobierno no lo hubiese declarado oficialmente, la noticia de la ocupación de Badajoz, Irún, San Sebastián y Toledo por las fuerzas del glorioso Ejército español. En aquellos días aumentaron los fusilamientos y los saqueos. En aquellos días también fué cuando vinieron nuevamente un grupo de milicianos a la casa de Ernesto. La madre tembló de pies a cabeza. Ante los milicianos trató de fingir una sonrisa y sólo consiguió que sus labios se unieran en una mueca de espanto. "¡A ver—dijo uno de los milicianos que capitaneaba el grupo—, todos los colchones y mantas que encontréis en la casa a la camioneta en seguida.

Mientras haya un solo miliciano sin abrigo o durmiendo en el suelo, que se mueran de frío todos los hijos y las mujeres de los "fascistas". Aquellos hombres, remedando a los empleados de las funerarias, cumplieron con diligencia y fingido respeto cuanto se les había ordenado, y no tardaron mucho tiempo en estar en la camioneta todos los colchones y mantas que había en la casa.

Desde aquella noche, madre e hijo durmieron en una butaca de terciopelo raído; el hijo sobre las rodillas de su madre, hundido el rostro infantil entre el hombro y los cabellos súbitamente grises de la madre...

El día 10 de diciembre la explosión de una granada les despertó sobresaltados. Fué algo terrible. Retumbó la casa, rompiéndose todos los cristales; a continuación se oyó el incesante tableteo de una ametralladora instalada por los milicianos en una azotea de la casa de enfrente... Se abrazaron madre e hijo más fuertemente aún, conteniendo hasta la respiración. La ametralladora no cesó ya de oírse en todo el día. El cañón se oía también, pero más lejano. Quizás bombardeaban otros barrios... pero entonces, ¿por qué no acallaba la ametralladora su monótono canto de muerte? ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que se oyera aquella formidable explosión? ¿Horas? ¿Quizás días?



Ahora, por las rendijas del balcón y por las ventanas sin cristales entraba impunemente el frío del invierno incipiente... Los cuerpos, ateridos, temblaban.

“Mamá—dijo Ernesto—, tengo hambre”... En la casa no había ni siquiera un pedazo de pan duro. Cada vez era más difícil adquirir alimentos. Pero la madre se había puesto en pie y se preparaba a salir; antes fué a la cocina, y cogiendo una botella vacía, besó a su hijo al tiempo que le decía: “Espera, Ernesto; no te muevas de aquí hasta que yo vuelva. No tardaré... Voy a buscarte algo de leche, y, si me es posible, te traeré también un poquito de pan”. ¡Leche y pan!... Pero, ¿dónde iría a buscarlo? ¿Quién podría proporcionárselo? Al acercarse a besar a su hijo le vió demacrado, ojeroso, con los labios lívidos; su cara estaba fría como el mármol. Corrió a la cómoda y volvió con una caja de cartón atada con una cinta, que rompió con sus manos trémulas; levantó la tapa y sacó del interior de la caja una hermosa colcha amarilla. ¿Cómo no se había acordado antes de que tenía allí aquéllo? ¡Con lo que abrigaba! Además estaba sin estrenar. La tenían desde que se casaron. Había sido el regalo de boda de una buena amiga... Gozosa extendió la colcha hasta el suelo, la dobló en dos mitades, y de esta forma la echó sobre los hombros de su hijito, que quedaba así casi oculto. “Estás pálido”—le dijo la madre antes de marchar—. “No, mamá—contestó el niño—, es este color amarillo de la colcha el que me hace aparentar pálido”...

Ya hacía lo menos tres horas que su madre había salido y aun no había vuelto.

¡Qué largo se le hacía el tiempo esperando! ¡Pobre madre! “¡Madre mía!”—exclamó varias veces Ernesto en voz baja, como si hasta su propia voz le asustase... ¿Por qué la había dejado marchar? ¡Qué importaba el hambre estando juntos! ¡Se oían tantos tiros! “¡Virgencita de la Paloma, haz que vuelva pronto mi madre!”—repetía Ernesto.

Al llegar la madre de Ernesto a la calle se había quedado dudando unos momentos. ¿Hacia dónde dirigirse? Sin saber por qué, como llevada por el viento, empezó a andar calle de Atocha arriba hasta llegar a la plaza Mayor, calle Toledo, y allí, yendo por detrás de los puestos del Mercado, ahora abandonado y silencioso, llegó hasta el puente de Toledo y Carabanchel Bajo. A lo largo de todo el recorrido oyó incesantes tiroteos y gritos, órdenes y contraórdenes, alaridos de dolor y de rabia de boca de los milicianos que caían heridos en la lucha. “No pases... ¿Dónde vas?, le repetían... Pero ella no prestaba atención, y como a quien lleva la fe o el ideal, seguía y seguía andando, indiferente al dolor ajeno y a la muerte, que rondaba cerca. Su único pensamiento era Ernestín, que la aguardaba.

De pronto, sin darse cuenta, sin saber cómo, se vió rodeada de un grupo de moros que saltaban y gritaban ante ella. Uno de los moros le arrebató la botella vacía y la miró al trasluz. No tardó en presentarse un



oficial español. Ante él la pobre mujer cayó de rodillas. El oficial, al ver de rodillas a la mujer, aquella mujer de porte distinguido que conservaba en su rostro y en sus ropas huellas inequívocas de un martirio prolongado, se apresuró a levantarla tocando en su frente, junto a los cabellos blancos envejecidos prematuramente. El oficial ordenó que se diese a aquella dama un buen tazón de café con leche. La mujer bebió con avidez, indiferente al excesivo calor del tazón de aluminio que quemaba sus dedos... Inmediatamente que hubo bebido comenzó el interrogatorio. ¿Quién era? ¿Qué buscaba allí? La mujer dió su nombre y el de su marido, explicando la detención de éste, sus ideas monárquicas, la sospecha de que lo hubieran fusilado... Aunque todo esto hacía ya tanto tiempo que casi lo había olvidado; ahora lo interesante era su niño, su hijo enfermo, sin alimento... Había salido buscando un poco de leche y un poco de pan... "Por lo que usted más quiera, señor oficial—suplicó la mujer—, déjeme volver junto a mi hijito; está solo, sin otro amparo que el mío... Déjeme volver junto a él, con un poquito de leche y de pan que le ofrecí al marcharme"...

Era temerario volver a cruzar otra vez las líneas enemigas, pero retenerla allí hubiera sido matarla. Así lo comprendió el oficial y ordenó que la dejasen en libertad, no sin antes haberle entregado una ración de pan, una lata de sardinas y de devolverle la botella después de haberla llenado de leche. La pobre mujer,

al verse con todo aquello entre las manos, quiso arrojarse nuevamente ante el oficial, pero éste la contuvo con un gesto, limitándose a decirle: "Que Dios la acompañe, buena mujer"... Y así fué. Los ángeles de Dios guardaron su persona y guiaron sus pasos. Sin un rasguño se encontró de nuevo en la puerta de su casa. ¡Si ella hubiera sabido que ya el Ejército español estaba allí, en el mismo Madrid, hubiera huído con su hijo en los brazos! Pero también... ¿Cómo exponerle a tanto peligro como ella había pasado?

¡Y era verdad! ¡Era verdad! Estaba allí el Ejército español, a dos pasos...

En breves momentos había visto infinidad de cosas como si ante sus ojos hubieran hecho pasar retazos de una película de guerra. Había visto millares de boinas rojas, de camisas azules... Había visto también a los legionarios con los brazos desnudos llenos de tatuajes; a los moros con sus turbantes pardos rematando el rostro bronceado. Subió las escaleras de su casa saltando más que corriendo.

"¡Madre!"—gritó Ernesto al oírla llegar—. Largo rato estuvieron besándose. "Mira cómo he sabido cumplir mi promesa"—repetía la madre mostrando el pan, la leche y las sardinas—. Inmediatamente haría un poco de fuego para calentar la leche... ¡Qué bien le sentaría tomar algo caliente! Fueron abrazados hasta la cocina y allí, entre sorpresa y sorpresa del muchacho, la madre fué relatándole todo lo que había sucedido. El chico miraba a su madre con ojos asom-



brados. Pero, ¿era posible todo aquello? ¿Y vendrían pronto a libertarles? “Sí, hijo mío, sí, pronto vendrán los buenos soldaditos españoles y nos salvarán, a nosotros y a muchos otros que están como nosotros”... Ese día colocarían en el balcón del despacho la bandera española. “Eso, eso—exclamó el chico palmo-teando—. ¡Como papá quería!” Y quedándose serio preguntó: “¿Tenemos?” Y siguió con tristeza. “Pero, madre, si no tenemos bandera”... “No te importe, ya nos darán una los mismos soldados”—contestó la madre.

En aquel momento se oyó en la calle gritar: ¡Viva España! Ernesto corrió veloz al balcón del despacho, abrió de par en par las puertas sin cristales, y apoyándose en la barandilla de hierro, envuelto, como estaba, en la colcha amarilla, respondió al grito patriótico con otro ¡VIVA ESPAÑA!, que la madre, desde la cocina, respondió satisfecha. Desde la azotea de la casa de enfrente hicieron una descarga. Ernesto se notó herido en el pecho, hacia el costado. Fué a llamar a su madre y no pudo. Sintió que algo se le venía a la garganta, ahogándole... Tapó su rostro con la colcha amarilla, y al retirarla vió en ella reflejados los colores nacionales. El rojo lo había formado su sangre generosa... La madre acudió al oír el ruido que hizo el cuerpo al caer desplomado. Se abalanzó hasta su hijo arrastrándose por el suelo y besó con fruición su cabecita empapada en sangre. “¡Ernesto!, ¡Ernesto!”, llamó la madre. Y Ernesto, abriendo

dulcemente los ojos ya casi cristalizados, pudo decir aún: “¡Madre, no llores! ¡YA TENEMOS BANDERA...!”

Y su cuerpo quedó allí, en el suelo, cubierto de besos por la madre afligida y teniendo por sudario la Bandera Nacional.







1500



DELEGACIÓN DEL ESTADO  
PARA PRENSA Y PROPAGANDA

